104

Augusto Z. Mádan y García

GALILEO.

— 1.837 —

GALILEO,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

Y EN VERSO,

POR

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA,

escrito espresamente para el distinguido y malogrado actor

DON JOSÉ FIDEL LOPEZ.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, núm. 19.
1877.

PERSONAJES.

Galileo.
Antonia.
Livia.
Tadeo.
Un delegado de la inquisicion.
El gran duque de Toscana.
Viviano.
El presidente del tribunal.
Pompeyo.
Alberto.
Nicolini, *embajador del Duque.*
Un monje.
Un alguacil del santo oficio.
Una jóven del pueblo.
Un aldeano.

Pueblo, discípulos de Galileo, caballeros, jueces, soldados, inquisidores, monjes, etc.

La accion de los dos primeros actos pasa en Florencia; la del tercero en Roma.—Año de 1633.

DEDICATORIA.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARÍA ANA GARCÍA DE MÀDAN.

A quién mejor que á tí, adorada madre de mi corazon, podré dedicar el primer fruto de mi aficion hácia la literatura dramática? Recíbelo, pues, sin reparar en su mérito, que es muy corto, y mira solo en este tributo humilde la sincera espresion del entrañable cariño que te profesa

Tu hijo.

Viena, Abril de 1875.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una calle de Florencia; en primer término la casa de Galileo.—Una torre en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA. TADEO.

(*Sale Antonia de la casa de Galileo al alzarse el telon, avanzando con precaucion por la calle. Tadeo, que está embozado tras de una casa, se le presenta al verla. Va oscureciendo gradualmente, de modo que al terminar el acto sea ya noche cerrada.*)

Tadeo. Oh! mi Antonia! Qué fortuna
la mia; por fin te miro!
Antonia. Donde estábais?...
Tadeo. Desde allí
te contemplaba escondido.
Antonia. (*Sonriendo.*)
Me observábais?
Tadeo. Para verte.
Es mi amor tan infinito
que no aliento en los instantes
que mirarte no consigo.
El dia, claro y luciente,
la noche, falta de brillo,
páso en tu puerta, admirando
tu rostro, norte del mio,
porque espero en recompensa

de tan probado cariño,
una sonrisa, una frase
que responda á mis suspiros!

Antonia. Tadeo, nuestra pasion
debe acabar...

Tadeo. Qué me has dicho?

Antonia. Vuestra familia á mi padre
dá el nombre de hereje impío,
y mal parece que su hija
de una pasion al hechizo,
preste alientos al amante
que nunca será marido.

Tadeo. (*Desesperado.*)
Oh! sábios! torpes fanáticos,
mil veces seais malditos,
pues separais inclementes
cuanto el corazon ha unido!
Pero mi amor es mas noble
que tan pueriles caprichos...
conserva la fé que un dia
juró tu labio benigno,
que yo en tu afecto extasiado,
pese á quien pese, te fio
que en breve plazo, el amor
nos juntará con sus vínculos...

Antonia. Que el Dios escelso del cielo
tu voz escuche propicio!...
Y yo te juro á mi vez,
que aunque se oponga el destino,
no me casaré jamás,
Tadeo, á no ser contigo...
Mas corre el tiempo. Forzoso
es que abandone este sitio.
Adios!...

Tadeo. Te vas de mi lado?
Seguirte podré, bien mio?

Antonía. No es posible; voy en busca
de mi padre, que en su ahinco
contempla del ancho cielo
los misterios escondidos.

(*Vase, entrando otra vez en casa de Galileo.*)

Tadeo. Astros, hermosos viajeros

de ese ignorado camino,
en vuestro lejano espacio
quizás la dicha á que aspiro
disfrutareis libremente
sin temores intranquilos!
(*Vase por distinto lado que Antonia.*)

ESCENA II.

VIVIANO, *que se detiene en actitud contemplativa mirando hácia la torre del fondo.* ALBERTO. *Grupos del pueblo que se van reuniendo en el fondo.*

Alberto. (*Dirigiéndose á Viviano.*)
Por qué á tan larga abstraccion
se rinde tu vista esclava?
Viviano. Hácia la torre miraba
en muda contemplacion.
Alberto. Y qué ves?
Viviano. Un espectáculo
sublime; está Galileo
empeñado en el deseo
de disipar un obstáculo;
con larga y tenaz mirada
que veneracion inspira,
tras su telescopio admira
esa bóveda estrellada!
Alberto. Risa me dás! No es fundado
entusiasmo tan impropio;
admiras su telescopio,
de informe vidrio formado?
Viviano. Tubo mágico, es, Alberto,
que en cielos inaccesibles,
mundos enseña invisibles
en el astro descubierto.
Al sondear la inmensidad
su misterio resplandece,
y el error desaparece
al rayo de la verdad.
Ves esa luna que admira
la vista en la noche bella?
De la tierra tras la huella

sin cesar un punto gira!

Alberto. Aristóteles, Viviano,
afirma lo que tú niegas.

Viviano. Para sus pupilas ciegas
fué el cielo un oscuro arcano.
Será forzoso probar,
que harto crédulo ó demente,
pudo en el caso presente
Aristóteles errar!

Alberto. No quieras de Galileo
alcanzar el galardon;
mira que la inquisicion
reprueba su devaneo!

Viviano. Su admirable inteligencia
vé así pagado su anhelo...
Cuándo rasgareis el velo
que no os deja ver la ciencia!

ESCENA III.

DICHOS. POMPEYO.

Pompeyo. Pobres hombres! Su ignorancia
es digna de compasion!

Alberto. (*Ap.*) Abstraido está el maestro.
(*Alto.*) Salud, ilustre Doctor.

Pompeyo. (*Ap.*) Imbéciles! De sus frentes
huye la noble razon.

Alberto. (*A Viviano.*)
Repetiré mi saludo.
(*Alto.*)Pompeyo, que os guarde Dios.

Pompeyo. El os proteja y ampare...
(*Abstraido siempre.*)
Mas lástima que furor
causa el contemplar á un pueblo
que no ve la luz del sol.

Alberto. Doctor, perdonad mi empeño.
Quisiera en una cuestion
oir el claro dictámen
del saber que guardais vos...

Pompeyo. (*Con vanidad.*)
Siempre el consejo del sábio

el criterio esclareció.
De qué se trata? Decidme.

Alberto. En nuestra ignorancia atroz
saber queremos si es cierto
que existen en derredor
de Júpiter cuatro esferas.

Pompeyo. (*Interrumpiéndole.*)
No existen.

Alberto. No obstante, yo...

Pompeyo. Al deciros que no existen
me apoyo en sábia razon...

Viviano. Sin embargo, pueden verse
de la luna al resplandor,
y aun contarse.

Pompeyo. No es posible;
tal vez óptica ilusion...

Alberto. Oyes, Viviano?

Viviano. Decidnos,
por qué no existen, Señor?

Pompeyo. Porque es contrario á la ciencia;
(*Con ridículo énfasis.*)
porque sostener que Dios,
á mas de los siete globós
que formára en la creacion,
haya otros cuatro formado,
es contra la religion.

Viviano. Mas, mi tenaz insistencia
no os cause enojos...

Pompeyo. Que nó?

Viviano. No será anti-religiosa
una obra hecha por Dios?

Pompeyo. (*Cada vez mas exaltado.*)
Sí; que la naturaleza
rechaza esa variacion;
porque el cielo es inmutable,
é incorruptible su Autor!
(*Con tono doctoral.*)
Siete son los claros astros;
siete los pecados son;
siete dias la semana
tiene por órden de Dios;
son siete los sacramentos;

siete salmos Salomon
compuso; siete metales
la tierra ocultos guardó;
siete sábios tuvo Grecia;
siete veces su dolor
sintió la Vírgen purísima.
Comprende vuestra razon
que el siete es número santo
por voluntad del Señor?
No conoceis que es impía
la creencia que abrigó
vuestro pecho, y que por ella
os esponeis al rigor
de sufrir las mil torturas
que guarda la Inquisicion?

Viviano. (*Con amargo sarcasmo.*)
Teneis razon; yo declaro
que me hallaba en un error.
Sí, Pompeyo, yo me adhiero
á vuestra docta opinion...
(*Rumor dentro que se aproxima.*)

Alberto. Escuchad, no oís los gritos
del pueblo?

Pompeyo. Qué motivo?...

Viviano. Aclaman á Galileo
de la ciencia por campeon.

Pompeyo. Ilusos! Nécios encumbran
á un charlatan impostor!...

Alberto. (*A Viviano.*)
Ya ves que el Doctor Pompeyo
no comparte tu opinion...

Viviano. (*A Alberto.*)
A la doctrina que abrazo
su orgullo favoreció...
Siempre la luz verdadera
lucha con la oposicion
del que la niega ignorante,
aunque sienta su calor.

ESCENA IV.

DICHOS. GALILEO. *Pueblo. Estudiantes.*

Uno. Viva Galileo!
Todos. Viva!
Pompeyo. (*En el proscenio.*)
Estúpidos, tontos, ciegos,
que aclamais con entusiasmo
á un ignorante sin seso!
Veis, Viviano, la torpeza
de este desgraciado pueblo?
Yo, que tambien soy astrónomo
digno del nombre que llevo,
jamás alcancé esas muestras
de cariño y de respeto.
Viviano. Es verdad.
Pompeyo. Florencia nunca
rindió culto á mi talento.
Uno. Viva Galileo!
Todos. Viva!
Uno. Loor á su gran talento!
Otro. Viva el doctor inmortal,
el astrónomo del cielo!
Pompeyo. (*Ap.*) Balad, ovejas incautas,
dignas de baldon eterno...
Viviano. (*Dirigiéndose al pueblo.*)
Qué magestad en sus ojos
brilla, del saber al fuego,
al apoyarse en su Antonia,
que envidió el pensil soberbio.
(*A Galileo.*)
Salud, gloria de la Italia,
que enseñas tu ciencia al pueblo,
esplorador incansable
de los celestes misterios.
Antonia. Oh! padre, mi voz embarga
de la emocion el exceso.
Cuánto esas dulces palabras
enorgullecen mi pecho!
Galileo. Gracias, Viviano, tus nobles

espresiones agradezco...
pero no sigas... Dios solo
digno es de elogios tan bellos.
Yo no soy mas que un heraldo
de sus leyes; no merezco
homenaje tal...

Viviano. El sabio
es siempre humilde y modesto.

Un aldeano. (*Acercándose á Galileo.*)
Doctor, mi mano tomad...

Una aldeana. Ved la mia, Galileo...

Galileo. (*Sorprendido.*)
Con qué objeto, amigos mios?

El aldeano. Quisiera saber si es cierto,
que Filipo, mi sobrino,
regresará del destierro.

La aldeana. Y yo pregunto, Excelencia,
si en breve el santo himeneo
su cadena bendecida
me prestará...

El aldeano. Yo prometo
pagaros bien.

La aldeana. Por mi parte
os daré un abrazo en premio.

Galileo. Hijos mios, complacer
no puedo vuestros deseos.
Cómo quereis que adivine
con profético misterio
lo que no ha pasado aun
en el curso de los tiempos?

El aldeano. Pero no sois nigromante?
No entendeis de sortilegios?

Galileo. Te han engañado, hijo mio,
no alcanzo tales secretos...

El aldeano. Pues entonces, qué sabeis?

Galileo. Solamente lo que veo...

La aldeana. Para qué os sirven, decid,
los extraños instrumentos
que escondeis en esa torre?

El aldeano. Para qué perdeis el tiempo
tantas horas estudiando
lo que hay en el firmamento?

Pompeyo. (*Acercándose cautelosamente á los aldeanos y atrayéndolos al proscenio.*)
Seguidme, que yo daré
respuesta á vuestros anhelos.
El aldeano. Podreis saber si Filipo
volverá?
Pompeyo. Jurarlo puedo.
La aldeana. Me direis si en breve plazo
hallaré buen casamiento?
Pompeyo. A todos vuestros problemas
daré solucion. El cielo
me muestra signos seguros
para ver lo venidero.
La conjuncion de los astros
y las estrellas, secretos
me guardan; revelaciones
que yo nada mas poseo.
(*Con rapidez.*)
Conozco la ley del mundo
y el sideral alfabeto,
y tengo además tratados
de los mejores maestros;
Agripa, Zaël, Demóstenes,
y Pitágoras, y Homero...
El aldeano. En buen hora. Este se esplica
como un astrólogo.
La aldeana. Es cierto.
Este es el hombre que entiende;
este el sabio verdadero,
que descifra los enigmas;
seguirle al punto debemos.
(*Vanse los tres.*)

ESCENA V.

DICHOS. UN MONJE.

Monje. (*Dirigiéndose al pueblo.*)
Escuchad lo que el Apóstol
dice en sus libros ascéticos:
(*Leyendo.*)
«Por qué osais vuestras miradas

levantar hasta los cielos,
idólatras partidarios
de la voz de Galileo?
Nó veis que el hombre es un vil
gusano torpe y abyecto?
Cómo se atreven sus ojos
á interrogar al Supremo?»
Ya veis, humildes creyentes,
que desde remotos tiempos
el Apóstol su anatema
lanzó contra Galileo.
(*A Galileo.*)
Cómo te atreves, impío,
á sostener ante el pueblo
un principio antidogmático
que invoca castigo horrendo?
Todos, hermanos, las huellas
del justo enojo del cielo
encontramos en las mieses
infecundas y sin riego.
El Arno se ha desbordado;
agosta á la viña el hielo...
No veis en esto las pruebas
de un celestial escarmiento?
Sus viles supercherías
alcancen vuestro desprecio!
Si gira la blanca luna,
es porque un ángel excelso
dirige su lento paso
por el ancho firmamento,
pues cada planeta tiene
su conductor en el cielo...
Pero pretender que el mundo
gire tambien, es aserto
erróneo, y calificado
como impío por el clero.
En dónde se encuentra el ángel
que impulsa su movimiento?
En los montes? Se veria
seguramente. En su centro?
En sus entrañas se anidan
únicamente los réprobos.

Uno. Es la verdad!

Monje. Si girásemos,
la golondrina, en su vuelo,
no encontrára nunca el nido
que la abrigó en el invierno!

Uno. Es evidente!

Galileo. (*Con sonrisa de piedad á Viviano.*)
Esos son
sus mejores argumentos!

Unos. Viva el Monje!

Otros. Muera el Monje!

Antonia. La noche su manto negro
estiende sobre los campos...
Entremos, padre!...

Monje. Maestro,
no abjuras de tus errores
á la luz del Evangelio?

Galileo. No...

Monje. Sin embargo, aprovecha
un amistoso consejo.
Hay en tu mano una raya
triangular, que indica el fuego...
Ten cuidado que la hoguera
no te abrase, Galileo!
(*Vase el Monje.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos el* MONJE.

Antonia. Volvamos á nuestra casa,
padre, en el nombre del cielo...
mi madre os espera...

Galileo. Adios,
hijos.

Todos. Que viva el maestro!

(*Galileo se dirige á la puerta de su casa y toca con la aldaba. Pocos instantes despues aparece en ella Livia, que sale á la escena.—Los del pueblo se habrán dispersado mientras tanto.*)

ESCENA VII.

LIVIA. ANTONIA. GALILEO.

Livia. Ah! Sois vos! Qué significa,
decidmelo por favor,
ese ruido atronador
que mis temores esplica?

Galileo. Calma tu vana ansiedad
y escucha breves instantes...
Los alegres estudiantes,
creyentes de mi verdad...

Livia. (*Interrumpiéndole.*)
Vuestra vanidad empaña
de vuestro destino el norte.
Por qué quereis una corte
que marche en vuestra compaña?

Galileo. No es cierto.

Livia. Que no decís?
Vuestra es la culpa; yo os juro
que buscais un mal seguro
si tal sistema seguís.
Que os vá, que os viene, si gira
la tierra, ó si no se mueve?
Haceis que el clero en vos cebe
su justificada ira.
Dejad ciencias que dan dolos,
que invocan furor avérnico;
dejad que Celso y Corpénico
estudien los cielos solos,
y pensad con alegría
en el doméstico hogar,
porque con tanto charlar
nuestra comida se enfria!

Galileo. Livia, en tu reproche cesa;
harás que el perdon invoque...

Livia. (*A Antonia.*) Dile á Beppa que coloque
la cena sobre la mesa.

(*Entra Antonia en la casa.*)

ESCENA VIII.

LIVIA. GALILEO.

Livia. Comer tan tarde! En crisol
estais mi paciencia echando...
Galileo. Ansioso estaba observando
las manchas que tiene el sol.
Livia. Para qué? quereis tal vez
quitarlas?...
Galileo. (*Abstraido sin atender á Livia.*)
La negra mancha,
á medida que se ensancha
roba al astro lucidez.
Por quince dias seguidos
deja que el misterio sonde;
luego igual tiempo se esconde
en pliegues oscurecidos.
Livia. Ya hace tiempo, sin embargo,
que el sol se ocultó en Oriente...
Galileo. Pero la luna esplendente
llena estaba...
Livia. Me hago cargo.
Galileo. Qué espectáculo tan bello!
Brillan sobre ella volcanes,
y rocas que cual titanes
refractan vivo destello.
Valles que el céfiro azota
se esconden tras su llanura,
do el alba rosada y pura
fulgores múltiples brota.
Altos picos coronados
por blanda nieve se elevan;
mientras á sus pies se ceban
los mares desenfrenados.
Livia. Dejad al astro que infiero
que os estais volviendo loco;
y hablando de todo un poco,
decid si os queda dinero.
Galileo. Livia, no guardo ya nada;
mas no por eso te aflijas...
No así mis penas prolijas

te hagan vivir angustiada!

Livia. Es preciso que penseis
en vuestra Antonia, ya tiene
bastante edad y conviene
que marido la busqueis.

ESCENA IX.

DICHOS. ANTONIA.

Antonia. La cena os espera ya...

Galileo. (*Ap.*) Que el Dios del Cielo la guarde.

Livia. Andad, pues, que será tarde...

Galileo. Sol de mi amor, ven acá...
Te guardo un dote, hija mia,
de tan sublime belleza,
que nunca altiva princesa
alcanzarlo soñaría.

Antonia. Jamás mi pecho ha latido
por un empeño ambicioso...
Vuestro afecto cariñoso
es mi dote mas querido.

Livia. Con cuánto afan os escucho!
Mi juicio anhela saber
qué dote váisla á ofrecer...

Galileo. Un dote que vale mucho!

Livia. Por qué aumentais mis enojos
haciendo que el nombre aguarde?

Galileo. Es el astro de la tarde;
Vénus, lo han visto mis ojos.
Ese preciado floron
que surje en el firmamento
fué el mayor descubrimiento
de mi agitada ilusion..
Esa vírgen ignorada,
esa cándida vestal,
será el regalo nupcial
de la amante desposada.
Su brillante oscilacion
sobre tu hermosa cabeza,
símbolo de la terneza
será de mi corazon...

(*Pausa. Galileo al ver la consternacion de sus interlocutores dice con asombro.*)

Acaso os parece poco?

Livia. (*Rompiendo á llorar y abrazando á Antonia.*)
Callad por favor, callad!
en esto no hay de verdad
mas que tu padre está loco.

ESCENA X.

DICHOS, *y un* ALGUACIL *del santo oficio.*

Galileo. (*En voz baja.*)
Calmaos por piedad, que hácia aquí un hombre
se adelanta con paso decidido...
Qué quereis, me decid?...

Alguacil. Teneis por nombre
Galileo?

Galileo. Sí tal.

Alguacil. He recibido
de alto tribunal de los romanos,
que la alta aprobacion tiene del cielo,
este pliego que pongo en vuestras manos
su mision al cumplir con sacro anhelo.

Galileo. (*Leyendo.*) «En el nombre de sus Eminentísimas y Reverendísimas Señorías los inquisidores generales, contra el crímen de herejía en la universidad de la República cristiana, especialmente delegados por la Santa Sede, vos, Galileo, hijo de Vicente Galileo, de Florencia, estais citado á comparecer ante el santo oficio, residente en Roma, el 12 de Abril del presente año de 1633, con objeto de responder á las acusaciones de doctrinas falsas y contrarias al verdadero sentido y á la autoridad de las Sagradas Escrituras, como así mismo á las sospechas de hereje que pesan sobre vos.»

No comprendo, en verdad, esa insistencia,
ni la cita oficial del Juez romano,
porque siendo vecino de Florencia
no me alcanza la ley del Vaticano.

Alguacil. Por mí los cielos la verdad declaren
si responder no puedo á la pregunta;

otros quizás vuestro dudar aclaren
cuando vayais á la suprema junta.
(*Retírase el algúacil.*)

ESCENA XI.

GALILEO. ANTONIA. LIVIA.

Antonia. Ah! padre... por favor!...
Galileo. Al cielo plugo
que rotos queden tan estrechos lazos...
Antonia. Jamás te dejare! Dile al verdugo
que venga á separarme de tus brazos!
Quizás la Inquisicion con su tortura,
con su hoguera fatal, padre, te aguarde...
Huyamos!.
Galileo. Desterrad esa tristura,
que solo tiembla el corazon cobarde!
Por qué llorais con malestar sombrío?
Porque veis ultrajada mi inocencia?
Gima no mas el criminal impío
que lleve al propio Juez en la conciencia.
Seca, hija mia, de tus ojos rojos
esas lágrimas crueles que te oprimen...
Mira la luz que brilla en estos ojos
y dí si en ellos se retrata el crímen!
Antonia. Calmárase mi lánguido quebranto
si el Gran Duque escuchára vuestras voces...
Galileo. Seca, por Dios las perlas de tu llanto
gotas de hiel para mi ser atroces!
Livia. (*Mirando hácia la torre.*)
Malditos telescopios que sin pausa
absorbísteis su mente vacilante:
vosotros sois la desgraciada causa
del pesar qne sufrimos incesante!
Galileo. (*Colocado entre Antonia y Livia.*)
Desechemos el mal que nos aflije;
pues late en mí tranquila la conciencia.
Justiciero es el Dios que al orbe rije!
Vamos al tribunal, paso á la ciencia!
(*Con orgullo. Cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Galileo.—Puerta al fondo.—Estantes de libros, aparatos de física y química; instrumentos astronómicos.—En el centro de la escena una mesa con papeles, globos geográficos, compases, etc.

ESCENA PRIMERA.

GALILEO, *solo.*

No; volaron los tiempos en que inmóvil
sobre el éter se vió fija la tierra;
ya otros mundos los astros iluminan,
de la ignorancia al descorrer la venda.
(*Abriendo la ventana y dirigiendo la vista al cielo.*)
Y tú, sol gigantesco, cuyo fuego
brota incesante con ardiente fuerza,
tus círculos de llama destellando
sobre un mundo que niega tu existencia,
lanza un rayo de luz vívida y pura
que muestre tu poder hasta dó llega!
(*Pausa.*)
Ciencia de la verdad! Llama sagrada,
sublime inspiracion que me alimentas,
prodigada tal vez por ese cielo,
para prestar al pecho fortaleza,
sosten mi corazon ante la lucha
que la ignorancia á la verdad presenta!
Mi vida acabará! Mas mi doctrina
que en su alcázar la muerte engrandeciera,
volará por los aires invisible

de polo á polo, en claridad eterna,
porque ha de ser la humanidad futura
de estas nobles verdades heredera!

ESCENA II.

GALILEO. UN DELEGADO *de la Inquisicion y* UN CRIADO.

Galileo. (*Observando en la puerta.*)
Alguno se aproxima...
Criado. (*Desde la puerta.*) Un delegado
del Santo Oficio, aquí su paso acerca...
(*Vase el criado.*)
Delegad. (*Entrando.*) Escucha, Galileo, mis consejos,
y péselos con calma tu prudencia.
(*Ligera pausa.*)
La sacra compañía, que castiga
el sacrilegio de razon perversa
si ataca la doctrina del Altísimo,
en admirar tu genio es la primera;
reconoce que en tí, Dios bondadoso
derramó su favor á manos llenas,
más tambien reconoce, por desgracia,
que de un engaño á la ilusion siniestra
abjuras de la fé resplandeciente
que iluminar tu espíritu debiera.
Conociendo, no obstante, que eres víctima
de esa abstraccion mental que te concentra,
aún vacila en mostrarte sus rigores,
juzgándote piadosa con clemencia.
Si quieres afirmar ante el jurado
que al adorar la ciencia verdadera,
detestas tus doctrinas heresiarcas,
y el movimiento de la tierra niegas,
el Santo Oficio legará á tu frente
la absolucion que borra la sospecha.
Del Duque la amistad te será estéril;
del Tribunal no esperes la clemencia,
aunque ese duque, del que esperas tanto,
patrocine, obcecado, tus ideas,
su poder, por fortuna, de la Junta

contrarestar no puede la influencia.

Galileo. Así opinan algunos...

Delegad. Sin embargo,
en la muerte fatal de Bruno piensa;
y su huella evitar logre tu paso,
si no quieres sufrir la misma pena.

Galileo. Gracias, amigo; vuestro noble empeño
no olvidaré jamás; en cuanto á esa
completa abjuracion de mi doctrina,
á la Junta decid, que yo quisiera
cumplimentar sus órdenes sagradas
que mi cerebro con razon respeta;
pero que si abjurase de ese cielo
ultrajára de Dios la sacra alteza...

Delegad. Vana hipótesis es! Serán verdades
las que la Biblia del cristiano niega?

Galileo. Os comprendo muy bien; la fé tan sólo
para vosotros el saber compendia!
La sola autoridad, la que os obliga
la cerviz á humillar hasta la tierra
es el dogma divino que os abstrae
como absorbe el fanal al que navega.
Pero el mundo reäl, el mundo físico,
el que las obras de ese Dios enseña
no alcanza á descubrir vuestra pupila,
de vuestra inculta percepcion se aleja.
Cuál es mi crímen hoy? Una teoría
que en todo mira del Señor las huellas;
vosotros las coartais; yo las dilato
reconociendo así su omnipotencia.
Cuál de entrambos será mas religioso,
quien admira á ese Dios, ó quien le niega?
Muera ahogada en las lóbregas prisiones
esa verdad que el Hacedor os muestra...
Ese acento que solo á pechos libres
inspiracion estraña sugiriera...
Más cómo hablar de libertad un punto
dó el fanatismo clerical impera?...

Delegad. En buen hora invocad el nombre santo
cual manantial fecundo de la ciencia;
más si acatais la voluntad del cielo
no ataqueis nuestra fé sagrada y cierta.

Galileo. (*Asombrado.*)
Atacar vuestra fé? La insulto acaso
al mostraros de Dios la prepotencia?
Presentaros sus obras infinitas,
enseñar á adorarle al que le niega,
derramar esperanza en quien desmaya,
es atacarla un punto ó defenderla?
Yo he rendido á esa bóveda tributos
de mi cristiana admiracion sincéra,
al repetir do quiera las verdades,
que verdugos juzgais de mi conciencia!
Y creeis que venciéndome triunfárais?
Torpes errores; ilusiones necias!
Puede oponerse un dique inaccesible
al eco fiel de las verdades nuevas?
Detener una gota que se pierde
es del torrente comprimir la fuerza?

Delegad. Insensato! No corras á tu ruina!...
Abjura, por salvarte de la hoguera!

Galileo. Jamás perjuraré...

Delegad. Firma este escrito;
y será laudatoria tu inocencia.

Galileo. Qué importa la justicia de los hombres!
La que esperan mis ansias es aquella!...
(*Señalando al cielo.*)

Delegad. Sueña en buen hora; por mi parte, amigo,
intenté cuanto pude en tu defensa.
Guarda este pergamino, que tu firma,
si se retracta tu razon espera...
(*Desde la puerta.*)
con *abjuro*, decir, te salvarias!...

Galileo. Jamás, anciano, negaré la ciencia!

(*Sale el Delegado por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

GALILEO. EL GRAN DUQUE.

(Pocos momentos despues de salir el Delegado, entra el Gran Duque por la puerta del fondo.)

Duque. Por fin os veo, Doctor!...
Galileo. Oh! Qué miro! Cuánta dicha!
vuestra alteza aquí, en mi casa...
Duque. Con la tristeza mas íntima,
os traigo un mensage...
Galileo. *(Haciéndole sentar y sentándose tambien.)*
Os oigo,
Monseñor...
Duque. Vuestra partida
debe hacerse sin tardanza.
Aun es tiempo; la noticia
apenas llegada á mí,
quise daros en seguida;
vuestra lentitud extrema
las sospechas vivifica,
y temiendo estoy que tomen
alguna fatal medida.
Una litera en el pórtico
vuestra fuga garantiza,
y he obtenido del jurado
que de vuestra edad en vista,
permanezcais en mi casa
mientras la Junta decida.
Solo al tiempo del proceso
ireis á la cárcel misma.
Hice por vos cuanto pude;
luché, protesté con ira,
mas la lucha desigual
que obcecado establecia,
sólo dió por resultado
una falange enemiga,
que la guerra nos declara
á impulsos de ruin envidia,
y mi corona ducal
sobre mis sienes vacila,

Galileo. Yo deploro, Monseñor,
la inapelable noticia;
no por mí, pobre mortal,
qué importa al mundo mi vida?
Solo por el esplendor
de esa ciencia ya proscrita,
y que en breve no tendrá,
¡verdad horrible y tristísima!
ni un asilo, en donde pueda
decir sus claras doctrinas;
por vos, amigo sincero,
que compartis mis desdichas,
siento ese fallo que os toca
tambien con injustas iras.
Qué espectáculo tan bello
y tan glorioso sería,
ver á un príncipe y á un sábio,
que á un mismo fin se encaminan,
defendiendo el uno al cetro,
y el otro á la ciencia altísima,
cuyo láuro sin igual
los reyes envidiarian?

Duque. Ah! vos no sabeis, amigo,
lo que es esa Roma impía!
El proyecto que los nobles
mas grandes no emprenderian,
cuál quereis que lo realice
si estoy sin soberanía?
Haced mas bien el esfuerzo
que mi frente por sí misma
se impone; doblad la vuestra
ante la Junta, sumisa.
Aunque el orgullo rebelde
vacile en esa porfia,
aunque el alma se os embargue,
por tal accion conmovida,
la dura necesidad
que al sacrificio os obliga,
extinga en vuestra razon
la lucha que os asesina.
Resignado, en fin, mostraos
á todo; vendad la herida

que os destroza el corazon
con su mortal agonía,
y presentad al Jurado
la faz imponente y límpida.
Si la verdad menoscaban,
y si el error entronizan,
decidles que lo creeis,
que adorais á la mentira.
En fin, meditad con tiempo
lo que digais; una sílaba
puede tan solo perderos
para siempre. La partida
debe efectuarse mañana.
Mi apoyo y mi garantía
os seguirán á la Junta.
Adios!

Galileo. Que el Señor os siga!

(*Sale el Duque por el fondo.*)

ESCENA IV.

GALILEO, *solo.*

Oh! Venecia, libre suelo
que tu apoyo me prestaste,
por qué tan pronto nublaste
para mí tu claro cielo?
Do quiera fije mi anhelo,
do quiera mi vista tienda,
no hay uno que me comprenda
al mostrarle la verdad;
uno de su ceguedad
que quiera arrancar la venda.
Premio me legan airados
con innoble ingratitud,
los que ensalzan la virtud
por los mundos dilatados.
Pobres hombres obcecados
que proclamais al Dios justo,
por qué con el ceño adusto
acojeis una doctrina,
cuya página divina
os muestra su trono augusto?

ESCENA V.

GALILEO. ANTONIA.

Galileo. Entra, hija mia. El dolor
quizás tu pecho taladre...
Antonia. Tus nobles herencias, padre,
fueron constancia y valor.
Galileo. Hija adorada, la hora
llegó de que los ostentes;
ya al punto de que sustentes
á este corazon que llora.
La sangre en mis venas arde!
¡Mi fé abjurar ante el hombre!
muriendo te lego un nombre;
viviendo, soy un cobarde!
Antonia. Solo á tal precio!...
Galileo. Si abjuro
la Junta me devolverá,
y una vida premiará
la infamia vil del perjuro.
Antonia. Padre, si el hado traidor
en su furia te condena,
no vaciles por mi pena...
salva ante todo tu honor!
Galileo. Con hipócrita clemencia
tal vez á lóbrego encierro,
ó de Cagliari al destierro
me condene su sentencia!
Antonia. No temas, á tu dolor
seguirá mi afan bendito;
el desgraciado proscrito
tiene un consuelo, el amor!
En donde quiera que te halles
tu báculo dirigiendo,
iré en voz alta diciendo
por pueblos montes y valles:
«Ved el premio inmerecido
que al sábio en la tierra dán;
dad un pedazo de pan
á mi padre desvalido!»

Qué alma habrá que no taladre
mi voz, y la suya aflija?
Quién le niega el pan á la hija
que pide para su padre?

Galileo. Y si la ley me condena
á una perpétua prision?

Antonia. En ella mi corazon
sabrá consolar tu pena.
Allí pasaré mi vida
tus lágrimas endulzando;
allí viviré cerrando
las paredes de tu herida!
Oh, padre! por qué intranquilo
olvidais al Sér clemente?

Galileo. (*Conmovido.*)
Infeliz niña inocente!
En dónde hallarás asilo?
Quién calmará tu afliccion
y tu pesadumbre fija,
si de un réprobo eres hija
que inmoló la Inquisicion?

Antonia. Por qué mi suerte te altera,
mi porvenir enlutado,
cuando contemplo á tu lado
una tumba que te espera?
Por qué, si lloras mi suerte,
me alejas, ciego, de tí?
Por qué si tiemblas por mí
no cedes ante el mas fuerte?

Galileo. Cómo, obcecada en tu amor,
quieres que con falsedad
abjure de una verdad
que antepongo hasta á mi honor?
Quieres tornarme la paz
sin que el pesar la taladre?
Cumple, Antonia, de tu padre
el deseo mas tenaz.
Dá en las aras á Viviano,
como premio á sus favores,
la dicha de sus amores:
tu corazon y tu mano.

Antonia. No puedo hacerte promesa,

pues cuando tu vida fine,
el hacha que te asesine
dividirá mi cabeza!

Galileo. Ama á Tadeo!

Antonia. Es verdad!
Le adoró mi corazon...

Galileo. Hija infeliz! Tu pasion
separa una inmensidad!
Pobre arcángel inocente,
feliz un tiempo, sin tasa,
y que hoy el dolor abrasa
con su fuego incandescente;
relámpago de bondad
tu existencia iluminó...
Por qué el sufrir lo nubló
con su densa oscuridad?

ESCENA VI.

DICHOS. TADEO.

Antonia. Ah! vedle, padre!

Galileo. Tadeo!

Tadeo. Oidme un punto, Doctor,
y ojalá que vuestro amor
coopere á nuestro deseo.
Roma, á vuestra negacion
dá precio tan elevado,
que ante nada ha vacilado
si haceis la retractacion.
(*A Antonia.*)
Mi padre, con gran contento,
al medir mi pasion pura,
me promete que si abjura
consiente en mi casamiento.
(*A Galileo.*)
Ved, huye el sufrir mortal
de tal promesa al arrullo.
(*Señalando á Antonia, que está contenta.*)
Sacrificad vuestro orgullo

ante el amor paternal!
Reprimid vuestra fiereza
cuando el Tribunal os llame;
pensad que el baldon infame
caerá sobre su cabeza!
Cómo os dirá, aunque no os cuadre,
mi firme y sincero labio,
que antes del fervor del sabio
está el corazon del padre?

Antonia. No más tu labio, en su ardor,
acuse á mi padre impío;
si es su honor el honor mio,
libre en buen hora ese honor!
Sigue en tu senda adornada
de flores, aunque sucumba,
que en la quietud de la tumba
mi esperanza está cifrada.
Eramos ambos dos niños
cándidos, que ingénuamente
seguíamos la pendiente
de nuestros mútuos cariños.
Del destino insano y vario
el pecho entónces no escucha,
que la vida es una lucha
que termina en un calvario.
Entónces en el vivir
creimos poder gozar,
cuando es la vida un *luchar*
que se acaba en un *morir!*
Adios! Olvida mi amor,
que perdió su níveo aroma...
(*A Galileo.*)
Padre! Partamos á Roma,
que allí te llama el honor!

Tadeo. Infeliz! Golpe mortal
lanzas á nuestros amores!

Antonia. Cuando mas lucen las flores,
las destroza el vendabal!

Tadeo. Miradla, si osais mirarla;
la faz su calma desmiente!
No es padre el que indiferente
la ve morir sin salvarla!

Del amor de un hijo al yugo,
vióse inmolar á una madre;
(*Por Galileo.*)
pero nunca vióse á un padre
ser de su hija el verdugo!
La historia en página clara
que la vergüenza nubló,
crímenes tales narró
que al vicio mismo espantára.
Hubo un Neron y un Tiberio,
y un Calígula inclemente,
cuya maldad impudente
eternizaron su imperio.
Otros la hiel que guardáran
vertieron hasta en sus madres,
mas nunca se vieron padres
que á sus hijas inmoláran!

Galileo. Ah! dichoso es el mortal
que ageno á pesáres fieros,
vé los tortuosos senderos
que lo apartan de su mal!
Mis ilusiones abaten
tan encontrados deberes;
do quiera los padeceres
mi incertidumbre combaten!
Si un punto al alma escuché,
abjuro y niego la ciencia;
ciencia, que la omnipotencia
de Dios enseña á mi fé!
Mas si la afirmo, mi pecho
se destroza... Al fin es hija!
Señor, tu clemencia rija
mi cerebro ya deshecho!
La ciencia á un lado, fatal,
y mi hija está al otro lado!
O soy un padre malvado
ó un apóstol desleal!
Idos, hijos, necesito
meditar solo con calma...
(*Arrodillándose.*)
Dios mio, lee en mi alma;
dáme tu apoyo bendito;

por qué en dilema traidor
haces que el bien no transija?...
Si abjuro, vive mi hija!
Si muero, vive mi honor!
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en el castillo de la Inquisicion en Roma.—Puerta en el fondo.—A la derecha en el segundo término sobre un tablado, la mesa y las sillas del Tribunal.

ESCENA PRIMERA.

GALILEO. VIVIANO. TADEO. NICOLINI. ANTONIA.

Viviano. (*Entrando por la puerta y estrechando contra su pecho á Galileo.*)
Os vuelvo al fin á abrazar,
mi amado y digno maestro.
Galileo. Venis hasta Roma misma,
probándome vuestro afecto...
cuál esta visita grata
profundamente agradezco!
Viviano. No merece gratitud
de un deber el cumplimiento...
Fuí vuestro amigo en la dicha;
hoy que os abruman los duelos,
permitid que mi amistad
os alivie el sufrimiento.
Todos conmigo han venido
de interés sincéro llenos,
á demostraros, señor,
la intensidad de su anhelo.
Torricelli, Peri, Giúdici,
aguardan en el consejo;
no estrañeis su gratitud;
todos, señor, os debemos
el orgullo de saber
los arcanos de ese cielo.
Galileo. En dónde están, hijo mio?

Viviano. Del ancho pórtico en medio.
Solo á fuerza de promesas
conseguí del carcelero
que me dejase llegar
á vuestro lado, Maestro.

Galileo. Vendrán á ver si mi lábio
sostiene con santo empeño,
las verdades que se albergan
en mi combatido pecho.
Las sustentaré.

Viviano. En Florencia
así debiérais hacerlo.
Pero ved que estais en Roma
por nuestro sino funesto,
donde el nombre más glorioso
no logra arrancar al pueblo
del letargo que le aduerme,
sordo del saber al eco...

Galileo. Y qué deducis, en fin,
de esa hostil inercia?...

Viviano. Creo
que someteros debiérais
á la fuerza, obedeciendo.

Galileo. Vos tambien, Viviano!

Viviano. Dios
sabe, querido Maestro,
que vuestro honor es el mio;
y que con igual anhelo
me contó siempre la ciencia
entre sus hijos primeros.
La vida guardad; la víctima
sustraed á estéril fuego;
salvad á Roma de un crímen
tan injusto, Galileo,
evitando que esa infamia
recaiga sobre su suelo.
Un martirio inútil, es
de soberbio orgullo exceso;
no diga despues la pluma
de los siglos venideros
que el amor propio os guió,
no la ciencia, hasta el tormento.

Abjurad; por un instante
sed padre; pensad, Maestro,
en vuestra Antonia infeliz,
que el pan triste del destierro
comerá bañado en lágrimas
si persiste vuestro empeño;
pensad que nosotros todos
por salvaros moriremos;
y en fin, meditad tambien,
que existe sobre el cielo
quien ha de pediros cuentas
de la vida que os dió en préstamo.

Antonia. (*Conmovida.*)
Padre, sentid un instante
cuánto padece mi pecho!
Ved el dolor retratado
en las lágrimas que vierto.
Ved de esta péna contínua,
que en vano pintaros quiero,
toda la amargura triste,
todo el sufrimiento acerbo.
Mi imprudente exaltacion
hoy cálma el dolor funesto;
fué falso aquel heroismo
que la pasion ha deshecho.
Entonces no nos hallábamos,
gracias á fértil consuelo,
ante una tumba sombria,
bajo un cadalso sangriento!
Entonces el sacrificio
se presentó á nuestro pecho,
del martirio con la palma
y la aureola del Excelso.
Entonces, solo le vimos
con noble entusiasmo férvido,
iluminando una gloria
y un suplicio oscureciendo.

Galileo. Hija de mi amor!

Tadeo. Ceded!
Delante del Dios Supremo
juro la dicha labrar
de este arcángel; mis anhelos

serán ponerme á su altura,
si á mi pasion dais tal premio.

Galileo. (*Despues de una pausa.*)
Ah! vosotros ignorais
cuánto exigís á mi pecho;
no sabeis, al demandarme...
que abjure, cuánto padezco!
Ignorais que es esa ciencia
que me condena al tormento,
el sólo gérmen de vida
que dá aliento á mi cerebro?
Cómo al pedirme esa gracia,
que es casi funesto empeño,
quereis extinguir en mí
á la existencia el apego?
Lo que anhelais vale más
que esta sangre que hervir siento;
es mi alma la que pedís,
mi vida, mi fé, mi cielo;
la razon que me dá luz,
la llama con cuyo fuego
se nutre mi inteligencia
concentrada en su deseo!
(*A Nicolini.*)
Suponed á vuestro Duque
destronado y mi ejército
por el Papa perseguido
y á la miseria sujeto...
(*A Tadeo.*)
Supon, Tadeo, que Antonia
á otro entregára su afecto.
El deshonor indecible
del soberano sin reino;
el padecer del amante
agoviado por los celos,
(*Exaltándose gradualmente.*)
rabias, vergüenzas, angustias,
deshonras, miserias, duelos;
pues todas esas desgracias
comparar apénas puedo
á la que sufro, negando
de mi ciencia los derechos!

No comprendeis que si abjuro
sucumbe tambien mi pecho,
impotente en resistir
de su deshonor el peso?
No veis, amigos ilusos,
que con el puñal mas fiero
me herireis al intentar
que me retracte ante el pueblo
de mi existencia moral,
de mis más nobles anhelos!
Qué os importa que yo muera,
si muero, mártir, contento,
las verdades de la ciencia
á mi ser anteponiendo?
Qué vale más, una vida
llena de remordimientos,
una existencia sombría,
monton inerte de huesos,
corazon que para el llanto
tan solo guardó sus ecos,
ó una muerte ambicionada
que mas que muerte es trofeo,
y corona de un martirio
que sabe premiar el cielo?
Habeis leido el escrito
que quieren que firme? Vedlo.
Supusísteis que á tan vil
deshonra acceda un momento?
Escuchadlo, y si de honor
os queda en el alma un resto,
decidme si lo firmárais
aun en llamas pereciendo.
(*Leyendo.*)
«Ante vosotros, de hinojos,
yo, Vicente Galileo,
abjuro de mi doctrina
maldiciéndola; y detesto
los errores y heregías
que un tiempo abrigó mi pecho!...»
Escuchais? Esos errores
son los sublimes secretos
que yo he logrado arrancar

á los celestes imperios.
Esas viles herejías
son los sólidos cimientos
en que debe la astrológia
basar de su ciencia el templo!

Antonia. Pobre padre!

Viviano. Cruel tortura,
más horrible que el tormento!

Galileo. Escuchad; no es esto todo;
oid y decid si puedo
abjurar de mi doctrina
ante tan torpes decretos:
(*Leyendo.*)
«Juro que si descubriese
algun hereje, en mi celo
le denunciaré á la Junta,
invocando su escarmiento.»
Delator tras de perjuro!
Ved si es honroso el ascenso!

Antonia. Piensa en nosotros, ¡oh padre!
en este instante supremo.

Tadeo. Maestro, tened valor,
que acaso en cercano tiempo,
esa terrible amargura
con creces os pagaremos.

Galileo. Dejadme solo, hijos mios.

Antonia. Escúchame...

Galileo. Yo agradezco
la tierna solicitud
que en vuestras palabras leo.

Antonia. Padre mio, piensa en mí;
piensa en mi rudo tormento;
piensa en que es mi voz intérprete
de la voz justa del cielo!
(*Vánse por el fondo.*)

ESCENA II.

GALILEO *solo.*

Oh! Dios compasivo que ves con clemencia
á aquel que te implora con santo fervor,

por qué tú permites que sufra esa ciencia
que al mundo proclama do llega tu amor!
Es vano mi empeño! Te espera un cadalso
ó acaso una hoguera de rojo fulgor...
Por qué no transijes? Por qué de lo falso
no aceptas el eco que impone el temor?
Seré, sí, perjuro; deshonro mi vida!
inerte existencia, fatal vegetar,
mas vale entre llamas de hoguera encendida
morir proclamando la clara verdad!
Señor, tú descubres el fondo de mi alma,
tú sabes que el fuego jamás la arredró;
tú sabes que siempre del mártir la palma
radiante de gloria, sin miedo miró.
Morir por tu causa; mostrar con mi ejemplo
la fé inquebrantable que da la virtud!...
Quéimporta, ante el premio que lega tu templo,
la injusta ignorancia que abrió mi ataud?
No pudo la suerte con hórrido yugo
hacerme un instante siquiera temblar;
no pudo arredrarme del torpe verdugo
el hacha sangrienta, la hoguera fatal,
mas ¡ay!, de mi Antonia la voz suplicante
detiene mi arrojo, quebranta mi fé...
Mi Antonia! Es mi hija. Apiádete amante
la huérfana triste que invoca sosten.
En vano del héroe la fuerza potente
pidió acongojada mi débil razon;
soy padre y la pierdo! De sábio es la mente;
de Padre es tan solo mi fiel corazon.
No puedo; es en vano! Mi pecho transija,
al éco del alma no sordo serás.
«Que importa esa ciencia que inmola á tu hija?
Soy padre ante todo!... Soy padre no mas!...

ESCENA III.

GALILEO. *El* DELEGADO *de la Inquisicion.*

Delegado. Al dejarte te ofrecí
volver á verte. Aquí estoy.
Ante el horrible tormento

termine la indecision,
que ya el tribunal reunido
con ansia aguarda mi voz
para leer el decreto
que la junta formuló,
fatal á tu impenitencia,
benigno á tu contricion.
Abjuras de tu doctrina?
(*Galileo guarda silencio.*)
Responde.

Galileo. (*Ap. con angustia.*)
Altísimo Dios,
dáme fuerzas; á mi pecho
presta invencible valor,
que es la ciencia la que salvo
al hacer la afirmacion!
Pero mi Antonia infeliz
que á mis plantas suplicó...
Soy padre!... Por qué es tan debil
el humano corazon!

Delegado. Abjuras al fin?

Galileo. (*Despues de algunos instantes de terrible lucha.*)
Abjuro!

Delegado. Dios tu mente iluminó!
(*Dirigiéndose á los soldados que desde el principio de la escena custodiaron la puerta del fondo.*)
(*A uno.*)
Abrid las puertas
(*A otro.*)
Vosotros
franquead el ancho porton
para que el pueblo cristiano
tome ejemplo salvador...
Que Roma entera presencie
la anhelada abjuracion!

(*Galileo sale con el Delegado por el fondo. Viviano que habrá llegado momentos antes, aparece en escena.*)

ESCENA IV.

VIVIANO, *solo.*

Sí; venid todos, venid,
intérpretes del error,
á presenciar la ignominia
con que esa Roma pagó
la ciencia de un hombre grande,
los estudios de un doctor!
Sea el porvenir testigo
de tu indeleble borron.
Cómo esperais que el progreso
dé su gérmen bienhechor
á un país prostituido
por la torpe Inquisicion?
Nieguen la verdad los sábios,
eleven culto al error,
doblen la cerviz sumisos,
bajen débiles la voz,
y acallen hasta los ecos
que vibra su corazon;
que quizás llegará un dia,
en otro tiempo mejor,
en que alce la libertad
el pensamiento hasta Dios!

ESCENA V.

VIVIANO. GALILEO. LOS INQUISIDORES. EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL. EL DELEGADO. NICOLINI. TADEO. EL GRAN DUQUE. *Soldados, jueces, monjes, pueblo en el fondo tras la puerta.* ANTONIA.

Galileo. (*Adelantándose al proscenio mientras los magistrados ocupan sus respectivos puestos.*)
Adios, bellas conquistas de mi mente!
Adios os dice para siempre el sábio!...
Escuchad ese adios inconsecuente,
porque es el corazon quien mueve el lábio.
Firmamento sin par, luz esplendente
perdonad que os infiera tal agravio,

perdonad que un amor sublime y puro
la gloria no me guarde en lo futuro!
Alas del génio que adoré extasiado,
de la ciencia el impulso, fuerte egida.
Astro que en mí tu fuego has destellado,
fértil bien de las penas de mi vida,
semi-dios, que en mi pecho has arrancado
la mundana miseria envilecida.
Perdonad que os injurie de esta suerte...
Vá la vida de mi hija en esta muerte!
Esperanza que un tiempo, ávida, ilusa,
trataste de esplorar el ancho cielo,
sueño fatal, concentracion confusa,
que en sí comprendia mi perdido anhelo;
malograda ilusion, ingrata musa
que de tal modo premias mi desvelo,
adios, obra de siglos, infinita
(*Arrodillándose y elevando la vista al cielo.*)
que la historia de Dios guardas escrita!

(*Al terminar Galileo su parlamento, estarán convenientemente situados todos los personajes; el Tribunal en su tablado; los soldados y guardias á ambos lados de éste; los monjes é inquisidores, presididos por el delegado, en primeros términos; el pueblo, en masa compacta, asoma por la puerta del fondo, que está abierta de par en par; cuatro guardias la custodian. En el centro de la escena el banquillo de los reos, sobre el cual se sienta Galileo á una indicacion del Presidente. El Gran Duque á su lado en un sitial. Detrás de Galileo y de pié, Nicolini, Antonia, Viviano y Tadeo.*)

ESCENA VI.

DICHOS. POMPEYO.

(*Pompeyo trata de entrar, los guardias de la puerta se lo impiden.*)

Inquisidor. (*A Galileo.*)
Seguidme.
(*Llevándole del proscenio al banquillo.*)
Pompeyo. (*Disputando en la puerta.*)
Dejadme ver,

que el ansiado instante asoma...

Viviano. (*Apercibiéndole y dirigiéndose á él.*)
Pompeyo, os hallais en Roma!

Pompeyo. (*Siempre desde la puerta.*)
Hoy un gran dia ha de ser!
Gran dia, que me ha causado
el mas tranquilo solaz...
Ya puedo morir en paz...
(*Con altivez señalando al pecho.*)
El sábio queda vengado.

Viviano. (*Ap.*) Vil lobo, que te engrandeces
negando al dolor consuelo,
teme un dia de ese cielo
los castigos que mereces!

Presidente. (*A Galileo.*)
Dejando tu aspecto triste
procúranos revelar
tu nombre y el del lugar
en donde á la luz naciste.

Galileo. (*Con mucha calma y dignidad.*)
Complaceré á su Eminencia,
contestando á su deseo.
Es mi nombre, Galileo;
mi tierra natal, Florencia.

Presidente. Tu edad?

Galileo. Un siglo tendria,
si envejecieran los daños.
Tengo setenta y dos años,
no cumplidos todavía.

Presidente. Tu oficio?

Galileo. Es mi ocupacion
la del filósofo...

Pompeyo. (*Sin poderse contener.*)
Mientes!
Cómo veis indiferentes
su horrible profanacion!

(*Los guardias imponen silencio á Pompeyo.*)

Presidente. Crees en Dios?

Galileo. Con el alma!

Presidente. Con fé?

Galileo. Con todo mi anhelo!

Presidente. Dónde está el bien?

Galileo. En el cielo.
Presidente. Y qué es la dicha?
Galileo. Es la calma,
de que goza nuestro ser,
cuando venciendo zozobras,
solo en hacer buenas obras
cifra el único placer.
Presidente. Y cuáles son tus doctrinas?
Galileo. (*Con asombro.*)
Mis doctrinas? No las tengo...
Presidente. Sin embargo...
Galileo. Lo mantengo.
Mirar las obras divinas,
contemplar esa natura,
estudiar los anchos cielos,
descorrer los negros velos
que empañan su lumbre pura.
Y acatando la verdad
anteponerla al error...
(*Sonriendo.*)
Ved mi doctrina, señor,
en toda su claridad!
Presidente. A tus errados anhelos
hay un libro en todo análogo,
que tiene por nombre «Diálogo
sobre el reino de los cielos,»
impreso há tiempo en Florencia
y cuyo autor se ha escondido.
Galileo. (*Levantándose y con mucha energía.*)
Quien dijo tal ha mentido!
Aquí le tiene Vuecencia!
Presidente. Confiesa tu lengua loca
que nos impugnas con ira?...
Galileo. Sí, Monseñor. La mentira
jamás degradó mi boca!
Presidente. Confiesas que hasta la fé
ultraja tu labio falso?...
Sabes que aguarda...
Galileo. (*Sin inmutarse.*)
Un cadalso
con una hoguera, lo sé.
Presidente. Con falsa filosofía

nos presentas arbitraria
una deduccion contraria
en todo á nuestra teoría;
y hollando hasta la Escritura
dices que la tierra gira,
y en el sol tu mente mira
el centro de la natura?

Galileo. Lo confieso.

Duque. (*Ap.*) Cruel letargo
que engaña su corazon!...

Presidente. Mas dicen que la razon
llegó hasta ti, sin embargo,
y que hoy contrito, detestas
ese modo de pensar,
y prometes abjurar
de enseñanzas tan funestas.

(*Momento de silencio. Galileo revela la lucha que sostiene.*)

Antonia. (*Dirigiéndose á su padre en voz baja.*)
Es cierto... Cruda ansiedad!...
Es cierto!... Abjure tu acento!...

Galileo. Oh! indefinible tormento!
Pero ella aquí... Es la verdad!

(*Estúdiese mucho la declamacion de la anterior redondilla.*)

Presidente. Huyendo de error aleve,
niegas que la tierra gira?

Galileo. Sí!...

Presidente. Era una vana mentira!

Galileo. (*Sin poderse contener.*)
Y sin embargo, se mueve! (1)

Presidente. Tu noble acento bendigo;
el Tribunal superior,
ya que abjuras, pecador,
será benigno contigo.

(*Despues de deliberar cortos instantes con los inquisidores, lee el Presidente lo siguiente.*)

«Nosotros, los inquisidores generales, contra el crímen de herejía en la República cristiana:
Considerando la sinceridad de tu retractacion y tus

(1) E pur si muove, célebre frase histórica.

repetidas promesas, te juzgamos, declarándote sospechoso como hereje, y te absolvemos de las penas consiguientes á tu culpa, y te condenamos á la prision temporal del Santo Oficio, reservándonos el aumento ó disminucion de la precitada pena.»

De rodillas, Galileo,
lee esta cláusula contrito.
(*Le entrega un pergamino.*)

Galileo. (*Ap.*) Qué lucha, Dios infinito!

Antonia. Padre, accede á su deseo!

(*Antonia pronuncia la palabra padre con tal vehemencia, que Galileo, fascinado, toma el escrito y comienza á leerle. Es imposible señalar por medio de acotaciones los cambios de voz y las distintas emociones que deben dominarle miéntras lo lee.*)

Galileo. (*Leyendo.*) «Yo, Vicente Galileo en persona, arrodillado ante vuestras Eminentísimas y Reverendísimas Señorías, con toda la sinceridad de mi corazon, y sin pensamientos ulteriores, abjuro, repruebo, maldigo y detesto mis errores y heregías; y prometo que en lo sucesivo jamás diré ó afirmaré, verbalmente ó por escrito, cosa alguna que pueda motivar contra mí la sospecha mas leve; por el contrario...

(*Le falta la voz: tras una pausa continúa con acento desfallecido.*)

Prometo denunciar ante el Santo Oficio á cualquier hereje que abrigase las creencias de que hoy abjuro.

Y si me sucediese de contravenir algun dia, Dios me guarde, con mis palabras, á estas espontáneas protestas, me someteré resignado á todas las penas y suplicios decretados y promulgados por los Sagrados Cánones.—Amen.»

Presidente. (*Despues de conferenciar breves instantes con los otros Jueces.*)

El Jurado, al ver que torna
la fé cierta á tu razon,
te designa por prision
la abadía de Liorna.

(*Vanse lentamente por el fondo los magistrados, soldados, inquisidores, etc.*)

ESCENA ÚLTIMA.

GALILEO. VIVIANO. TADEO. EL GRAN DUQUE. NICOLINI. ANTONIA.

Antonia. (*Con inquietud al notar el abatimiento en que habrá quedado Galileo desde que leyó el escrito.*)
Padre, recobra el reposo!
Duque. Escuchadla, Galileo!
Galileo. (*Saliendo penosamente de su letargo.*)
Un punto esperad. Tadeo,
hoy mismo sereis su esposo...
Tadeo. (*Loco de contento.*)
Dejad que os pinte mi labio
la dicha del corazon...
Galileo. Gozad en vuestra pasion,
sin pensar mas en mi agravio.
(*Adelantándose hácia el proscenio.*)
Abjuré; negué la ciencia
de mi amor ante el exceso...
Cómo arrojaré este peso
que destroza mi conciencia!
Fanáticos impostores;
lográsteis el triunfo ansiado...
contempladme deshonrado
por seguir vuestros errores!
(*Animándose de pronto.*)
Sin interrupcion reid;
ensalzad mi acento aleve...
Que la tierra no se mueve
sobre sus ejes, decid,
que acaso en cercana edad,
sin tiranos ni opresores,
disipará los errores
el sol de la libertad!
(*Antonia corre á abrazar á su padre. Cuadro. Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

